



María

FERNANDO Y MARÍA.

POEMA EN SEIS CANTOS

Por Félix María Escalante.

CANTO PRIMERO.

I.

¿Por qué en medio del ruido de las gentes
Que en ciudades espléndidas habitan
Memorias de placeres inocentes,
De sinsabores que á llorar escitan,
A doblar vienen, ¡ay! penas presentes
Que el desgarrado corazón agitan;
Dejando el pensamiento anonadado
Con el prestigio atroz de lo pasado.

II.

Una historia de amor, tierno, profundo,
En la ignorancia y soledad nutrido,
¿Qué puede interesar al vasto mundo
Con sus fiestas y glorias divertido?
¿Qué puede interesar duelo infecundo,
Por tenaz infortunio producido,
Léjos de sociedad, de claros hechos
De dos amantes en los tiernos pechos?

III.

Mas yo la contaré: no al hombre ciego
Que oro tan solo sin cesar anhela,
Ni al que envidioso vive sin sosiego
Y por mandar al hombre se desvela;
Sí, á aquel que ardiendo en amoroso fuego
Con llorar sus dolores se consuela,
Que eco ha de hallar en pecho lastimado
El acento de amante apasionado.

IV.

En México famosa en la ancha tierra
Por sus verjeles y pendientes montes,
Por los metales que en su seno encierra,
Por sus claros é inmensos horizontes,
Por sus desiertos donde al hombre aterra
Encontrar con los osos y bisontes;
Hay un sitio sin nombre, sin historia,
Cercano á una ciudad de antigua gloria.

V.

Rural estancia, sitio circundado
De azuladas montañas á lo léjos,
Donde un valle se estiende dominado
Por el Popocatepetl, que reflejos
Reproduce del sol en lo nevado
De sus puntas agudas; que de espejos
Sirven á las estrellas y á la luna,
Cual claro manantial ó gran laguna.

VI.

Opuesta á este volcan hácia el Oriente
Mas inmediata, vése otra montaña,
En el invierno de nevada frente,
Aunque no tan escelsa y tan estraña,
Cual la del Ixtlacihuatl prominente
Que al gran Popocatepetl acompaña;
Pero que lleva de Malintzin nombre,
Nombre de una beldad de gran renombre.

VII.

A otro lado contéplase una altura,
Loma pequeña que en llanura acaba,
Desde donde se mira con tristura
La ciudad de Tlaxcala, que gozaba,
Allá en la antigüedad, de gran ventura
Por los fuertes guerreros que guardaba
En su fecundo seno, y hoy ruinosa
La habita gente ruda y perezosa.

VIII.

Sobre otra loma, en el opuesto lado,
Mírase otra pequeña y pobre aldea,
Sitio por gente rústica habitado,
Gente sin mas placer ni mas idea,
Que el procurar de siembras y ganado
El logro y el aumento que desea;
Gente ignorante y á la par sencilla
Que vive en sociedad y sin rencilla.

IX.

Rodeada de este cuadro tan risueño
Se levanta preciosa casería,
En medio del gran valle, del que dueño
Era el jóven Fernando de Fuenfría;
Jóven de ardiente pecho y triste ceño,
Que diez y nueve abriles no cumplía,
De generosa condicion pintada
Mas que en su aspecto todo, en su mirada.

X.

En su mirada juvenil, amante,
Profunda, melancólica y ardiente,
De un pensamiento fijo revelante
Las mas veces, mas tierna y complaciente,
Mirada que le daba á su semblante
La animacion de su agitada mente;
Mirada que un pesar representaba
Que la flor de su vida marchitaba.

XI.

Tal vez, hondos recuerdos que á despecho
De su ventura le asaltaban fieles,
Barrenaban así su noble pecho
Tristes ó alegres, pero siempre crueles;
O un amor infeliz no satisfecho
Vertía en su corazon amargas hieles,
O un desamor bastardo ecsasperaba
Su juventud que en la ilusion vagaba.

XII.

Retirado del ruido de las gentes,
Por costumbre mas bien que por instinto,
Leyendo amenos libros, elocuentes,
De su estancia se hallaba en el recinto
En horas casi siempre diferentes;
O ya entregado al vario laberinto
De imágenes divinas de poesía,
Que halagaban su ardiente fantasía.

XIII.

Otras veces cruzaba el valle hermoso,
Estancia suya, cultivada, grata,
Recinto de su vida y anchuroso
Campo donde la vista se dilata,
Que riega el Atoyac; rio caudaloso
De cristalinas ondas y de plata,
De boscosas riberas y floridas,
Con naturales grutas escondidas.

XIV.

Otras veces dejando noche y día
Sus apacibles lares tan amados,
Sobre brioso caballo recorría
Remotos bosques, ásperos collados,
Dándole á su agitada fantasía
Campo feliz en campos apartados,
Como águila fugaz que en raudo vuelo
Recorre con la vista el ancho cielo.

XV.

Persiguiendo á los ciervos fugitivos,
A jabalíes cerdosos y sangrientos,
Con sus perros en caza tan activos,
De caza con los fieros instrumentos;
En bosques escarpados y nativos
Largas horas pasaba, que momentos
Parecíanle tal vez; que á cazadores
Las horas son instantes voladores.

XVI.

O en las riberas de Atoyac frondosas
A veces largo tiempo se pasaba,
Contemplando sus vegas anchurosas
De cultivado trigo, que doraba
Una estension en que olas muy vistosas
Rápido el viento volador formaba,
Doblando en partes en su raudo vuelo
Las flexibles espigãs hasta el suelo.

XVII.

Cerca ya de la noche, cuando grata
La estension de los cielos se matiza,
Con cortinajes rojos y de plata,
O de oro puro que la vista hechiza,
Dejaba la corriente que retrata
Los troncos en que rauda se desliza,
Donde cándidas garzas voladoras
Se aduermen del crepúsculo á las horas.

XVIII.

Y mirando tal vez la casería
Donde moraba siempre solitario,
A ella sus pasos triste dirigía,
El panorama contemplando vário
Que los montes y chozas ofrecía,
Y el lejano y sonoro campanario
A su encantada vista, y que, animaban
Ganados que en los campos retozaban.

XIX.

De este cuadro Fernando circundado,
No siempre venturoso se creía,
De su infancia tal vez á sitio amado
Sus tristes pensamientos dirigía;
Que no siempre su vida hubo pasado
En aquella quietud en que vivía,
Sino tambien en medio de ciudades
Centro de numerosas sociedades.

XX.

Y aunque miraba con placer su estancia
Rica en feracidad y en hermosura,
Donde flores desparcen su fragancia,
Donde sus dones prodigó natura,
Donde la luz, la vida, la abundancia,
Son dotes del Señor á la criatura;
No dejaba al mirar tanta belleza
De suspirar á veces con tristeza.

XXI.

Una mañana, cuando bella aurora
Su fulgor desde Oriente desparecía,
Alumbrando la tierra bienhechora
Y colmándola toda de alegría,
En la inmediata poblacion, sonora
Una campana sin cesar se oía,
Que agitando los vientos matutinos
A misa convocaba á los vecinos.

XXII.

En San Pedro sonaba la campana,
Pequeña poblacion sobre una altura,
Donde de los domingos la mañana
Dice la misa el respetado cura,
Y á donde con fervor turba cristiana
Por llegar á la aurora se apresura
Y á pié, á caballo, fatigada avanza
Del sacrificio ver con esperanza.

XXIII.

Muy pronto de la iglesia el corto trecho
Lleno se vió de religiosa gente,
No quedando tan solo sitio estrecho
Que ocupado no fuera prontamente,
Todos los fieles con ardiente pecho
Levantaban á Dios ruego ferviente;
Solo Fernando de esto se olvidaba,
Y en otro objeto la atencion fijaba.

XXIV.

En otro objeto, en la sin par belleza
De una muger que orando se veía
Junto del santo altar, y de pureza
Un arcángel celeste parecía;
Su frente revelaba la tristeza
Y las mejillas pálidas tenía;
Sus negros ojos que húmedos brillaban
Prolongadas pestañas circundaban.

XXV.

La misa comenzó, terminó luego;
Ni principio, ni fin notar fué dado
A Fernando esta vez; ojos de fuego
Desde el principio al fin habia clavado
En aquella muger, y á todo ciego,
Ménos á su beldad, se habia mostrado:
Inmóvil ella, como estatua estuvo
Y fija en el altar la vista tuvo.

XXVI.

Fuera del templo ya, muy mas hermosa
De Fernando á los ojos aparece,
En sus mejillas el color de rosa
Se pinta, y con primor se desvanece
Sobre su blanca tez; como en vistosa,
Pálida nube que la brisa mece,
El reflejo divino de la aurora
Se esparce blandamente y la colora.

XXVII.

¿Mas por qué se estremece, ¡santo cielo!
Quiere partir, vacila conturbada?
¿Notó al fin de Fernando el tierno anhelo
Y ardió su corazon con su mirada?
¡Quién lo sabe! los ojos hácia el suelo
Inclinando, partió precipitada,
Buscó el caballo que encontró al momento,
En él subió ligera como el viento.

XXVIII.

Y partió sobre el bruto generoso
Que ufano con tal carga parecía,
Levantando la tierra en que orgulloso
La planta apénas volador ponía:
Fernando con la vista sigue ansioso
Su curso, sin saber lo que sentía;
Mas entre ramas, raudo cual centella,
Despareció el caballo con la bella.



FERNANDO Y MARÍA.

CANTO SEGUNDO.

I.

Manso el mar aparece, grato viento
Apénas riza su estension serena,
Solo de tarde en tarde movimiento
Mayor le imprime, cuando ronco suena
Para soplar despues con dulce aliento,
Deslizand las aguas en la arena;
Pero de pronto el huracan avanza
Y las olas sin fin, al cielo lanza.

II.

Así pues, la ecsistencia en quietos dias
A veces blandamente se desliza,
Viene negro pesar y con impías
Impresiones el alma martiriza;
Suelen tornar despues las alegrías
Y con ellas la vida se ameniza;
Mas si la embiste la pasion violenta,
Es la vida no mas fiera tormenta.